

De la práctica

El dibujo es la probidad del arte.

Hay que dibujar siempre, dibujar con los ojos cuando no se puede dibujar con el lápiz. Hasta que no hagáis avanzar el examen atento con la práctica, no haréis nada realmente bueno.

El pintor que se fía del compás se apoya en un fantasma.

Dibujar no significa simplemente reproducir unos contornos; el dibujo no consiste simplemente en el trazo.¹ El dibujo es también la expresión, la forma interna, el plan, el modelado. ¡Ved lo que queda tras esto! El dibujo incluye las tres cuartas partes de lo que constituye la pintura. Si tuviera que poner un rótulo encima de mi puerta, escribiría: ESCUELA DE DIBUJO, y estoy seguro de que formaría pintores.

El dibujo incluye todo, excepto el color.

Si yo pudiera convertiros a todos en músicos, ganaríais con ello como pintores. Todo es armonía en la naturaleza: una pequeña cosa de más o de menos altera la gama y determina una nota falsa. Hay que llegar a cantar con el lápiz o el pincel con igual entonación

que con la voz. La exactitud de las formas es como la exactitud de los sonidos.

Fijaos en las relaciones de proporción en el modelo; en ello se cifra todo el carácter.² Dejaos impresionar vivamente y, vivamente también, representad estas proporciones relativas. Si, en vez de seguir este método, vais a tientas, si buscáis en el papel, no haréis nada de valioso. Debéis tener toda entera, en los ojos y en la mente, la figura que queréis representar, y que la ejecución no sea sino la realización de esta imagen, ya poseída y preconcebida.

Al trazar una figura, tratad ante todo de determinarla, de caracterizar bien su movimiento. No me cansaré de repetirlo, el movimiento es la vida.

Al estudiar la naturaleza, no tengáis ojos al principio más que para el conjunto. Interrogadlo, interrogadlo sólo a él. Los detalles son pequeños presuntuosos que deben estar en su sitio. ¡La forma debe ser amplia, siempre amplia! La forma: es el fundamento y la condición de todo. También el humo debe ser expresado por un trazo.

Que no pase un solo día sin trazar una línea, decía Apeles. Con esto quería decir, y lo repito también yo: la línea es el dibujo, es todo.

Cuanto más simples son las líneas y las formas, tanto mayor es la belleza y la fuerza. Cada vez que fraccionáis las formas, las debilitáis. Ocurre con esto como con el fraccionamiento en todas las cosas.

¿Por qué no se hace nunca un gran carácter? Porque, en lugar de una forma grande, se hace tres de pequeñas.

Cuando las grandes líneas no están primero de todo en el carácter, no conseguimos producir más que dudosas similitudes.

En la construcción de una figura, no procedáis por medio de fragmentos. Ejecutadlo todo al mismo tiempo y, como se dice con harta razón, dibujad «el conjunto».

No hay que tratar de aprender a hacer un bello carácter, hay que encontrarlo en su modelo.

Las bellas formas son los planos rectos con algunas redondeces. Las bellas formas son las que poseen firmeza y plenitud, donde los detalles no comprometen el aspecto de las grandes masas.

Hay que dar salud a la forma.

El acabado de la forma se encuentra al llevarla a término. Hay quien se contenta, en el dibujo, con el sentimiento; el sentimiento, una vez expresado, les basta. Rafael y Leonardo da Vinci demuestran, en cambio, que sentimiento y precisión pueden ser aliados.

Los grandes pintores, como Rafael y Miguel Ángel, insistieron en el trazo al finalizar. Lo repasaron con un

pincel fino, reanimaron asimismo el contorno; imprimieron a su dibujo el nervio y la rabia.

Nosotros no procedemos materialmente como los escultores, sino que debemos hacer pintura escultural.

Un pintor hace muy bien en preocuparse por la finura, pero debe añadirle la fuerza, que no la excluye, tan necesaria como es. Toda la pintura consiste en el dibujo a la vez fuerte y fino. Se diga lo que se diga, consiste sólo en esto, en el dibujo firme, enérgico, con carácter, incluso si se trata de un cuadro que debe impresionar por su gracia. La gracia por sí sola no basta, el dibujo depurado tampoco. Hace falta más: es menester que el dibujo amplifique, que envuelva.

Cualesquiera que puedan ser, por otra parte, los defectos siempre hay algo bueno en una obra en la que la cabeza rige la mano. Esto debe dejarse sentir, incluso en las tentativas de un principiante.

La habilidad de la mano se adquiere por la experiencia; pero la rectitud del sentimiento, de la inteligencia, he aquí lo que puede mostrarse desde el comienzo y, en cierta medida, puede hacer las veces del resto.

Dibujad con una corrección elegante, pero con amplitud. Simple y amplio, he aquí el dibujo, he aquí el arte.

Dibujad largo tiempo antes de pensar en pintar. Cuando se construye sobre una base sólida, se duerme tranquilo.

La expresión³ en pintura exige un dominio muy grande del dibujo, porque no puede ser buena si no está formulada con una absoluta precisión. Individualizarla sólo en parte significa malograrla, es como representar personas falsas que tratan de simular sentimientos que no experimentan. A esta extrema precisión se llega sólo a través de la aptitud más segura en el dibujo. Por eso los pintores de expresión entre los modernos han sido los más grandes dibujantes. ¡Ved si no Rafael!

La expresión, parte esencial del arte, está, pues, íntimamente ligada a la forma. La perfección del colorido no es algo tan necesario en ella, y de hecho los excelentes pintores de expresión no eran tan superiores como coloristas. Censurarles por esto significa no conocer lo bastante las artes. No se puede pretender de una misma persona unas cualidades contradictorias. Por otra parte, la rapidez en la ejecución que exige el color para conservar todo su prestigio se compadece mal con el estudio profundo que requiere la gran pureza de las formas.

Para llegar a la forma bella, no hay que proceder mediante un modelado cuadrado o anguloso, hay que modelar con redondeces y sin detalles internos aparentes. Cuando se tiene una sola figura en el cuadro, hay que modelar en bulto redondo y buscar así el efecto pintoresco.

Tened siempre en el bolsillo un cuaderno y tomad apuntes con cuatro trazos de lápiz de los objetos que

os llamen la atención, si no tenéis tiempo de indicarlos por entero. Pero si tenéis tiempo de hacer un croquis más preciso, adueñaros del modelo con amor, observadlo y reproducirlo bajo todas las formas, para así fijarlo en vuestra cabeza e incrustároslo en ella como algo propio.

Me importa que se conozca bien el esqueleto, porque los huesos forman el armazón del cuerpo cuyas medidas determinan y que son para el dibujo puntos continuos de referencia. Me interesa menos el conocimiento anatómico de los músculos. Un exceso de ciencia, en tal caso, perjudica a la sinceridad del dibujo y puede apartar de la expresión característica para conducir a una imagen banal de la forma. Hay que tener en cuenta, sin embargo, el orden y la disposición relativa a los músculos, para evitar también en esto errores de construcción.

Esos músculos son todos amigos míos, pero no conozco a ninguno de ellos por su nombre.

Los contornos exteriores no son nunca cóncavos, sino que se comban, al modo de un cestillo de mimbre.

El hombre echa en general la cabeza hacia atrás respecto al cuerpo, el pecho hacia delante; es una actitud noble, es la verdadera actitud. Salvo en caso de movimiento, la cabeza hacia delante resta dignidad a la figura humana; expresa abatimiento, lasitud o embriaguez.